

UNO de los pasos que habrá de franquear el movimiento ecuménico es la diferente concepción del sacerdocio. Los hombres —y tal vez los hombres de Iglesia más que otros— hemos aprendido ya la lección de humildad que la historia del pensamiento nos ha impuesto. No hay ningún error tan oscuro que no tenga una hendidura por donde se filtra luz. Además, desde hace tiempo sabíamos que los más de los errores se originan en lúcidas verdades, cuando ciegan al buscador desprevenido acerca de verdades limítrofes.

Así sucede con las doctrinas cristianas reformadas, donde la luz entra a torrentes. Calvino, por ejemplo, y para ceñirnos a uno de los mayores teólogos reformistas, escribe: "... hacen injuria a Cristo todos aquellos que se dicen sacerdotes para ofrecer sacrificio de reconciliación. Es El quien ha sido ordenado y consagrado con juramento, sacerdote según el orden de Melquisedec, sin fin y sin sucesión, por el Padre. El ofreció una vez una hostia de eterna expiación y reconciliación... En El todos somos sacerdotes, pero para ofrecer alabanzas y acciones de gracias; en suma, para ofrecernos a Dios, a nosotros y nuestras cosas" (1) ... y no para ofrecer al mismo Jesucristo en la misa, como lo entiende la Iglesia Católica.

Este "todos somos sacerdotes" lo entiende Calvino literalmente, oponiéndose a cualquier división establecida entre los cristianos por un sacerdocio ministerial, más específico y consagrado que el sacerdocio real de todos los fieles. "Pero ha sido un sacrilegio de ellos" —de los clé-

sacerdocio ministerial en la edad apostólica

• HORACIO SIMIAN, S. J.



(1) *Institution Chrétienne*, ed. Belles-Lettres, Paris, 1939, t. 4 p. 103. Cit. en GANOCZY A., *Calvin Théologien de l'Eglise et du ministère*, Du Cerf, Paris, 1964, p. 161.

rigos— “usurpar para sí un título que pertenece a toda la Iglesia”. Porque significa —este título de clero— “heredad; y la Iglesia es la heredad de Cristo, que le ha sido dada por el Padre; y San Pedro no llama clero, como ellos descaradamente se lo imaginan, a unos cuantos rasurados” —se refiere a la tonsura de los clérigos— “sino a todo el pueblo de Dios... Se rasuran en la coronilla para que la tonsura signifique una dignidad real...” (2).

Llevado en parte por un principio teológico exacto: el único sacerdocio del único Mediador, y el sacerdocio real de todos los cristianos (3); y en parte por la dolorosa experiencia de una clerecía frecuentemente relajada que aprovecha en su personal beneficios la “dignidad clerical”, Calvino concluye por rechazar con violento rigor el sacerdocio ministerial de los “papistas”: “He aquí cómo estos Sacerdotes que han sido engrasados en el Papado” —se refiere mordazmente a la unción con óleo de las ordenaciones— “son constituidos con una blasfemia diabólica en el oficio de nuestro Señor Jesucristo. Porque a El sólo corresponde este título de ser mediador de Dios y de los hombres” (4).

En toda esta cuestión del sacerdocio ministerial, que implica diferentes opiniones aún dentro de la Iglesia Católica, será útil considerar sus orígenes. Si a todos nos hermana el deseo de realizar perfectamente los deseos de Jesucristo, y nos diferencia la diferente interpretación de

ellos, nada mejor que retrotraernos hasta donde la Iglesia se enlaza con la Iglesia de los Apóstoles, fieles intérpretes del pensamiento del Señor (5). Recurriremos, pues, a la historia de la Iglesia, no como al argumento teológico de la Tradición, que las iglesias separadas aceptan con grandes reticencias, sino como el argumento de constatación histórica. Si en la Iglesia de los Apóstoles encontramos el sacerdocio ministerial tal como la Iglesia Católica lo ha conservado hasta nuestros días, deberemos aceptar, por pura certeza histórica, el derecho y obligación de conservar tal institución.

Leeremos cuidadosamente los testimonios que se nos presenten. Está la dificultad de una terminología huidiza. Claro que no es lícito tomar el nombre de una determinada función eclesiástica, por ejemplo “obispo”; detectar luego los antepasados de esta palabra (la voz griega “epískopos”) y exigir, finalmente, que este “epískopos” tenga las mismas atribuciones que el “obispo” para declarar la legitimidad de éste. El proceso verificador es inverso. Si en la Iglesia primitiva existe alguna función que tenga la misma naturaleza y poderes que nuestro actual “obispo”, correctamente deduciremos la legítima descendencia, prescindiendo de los deslizamientos que pudieron ocurrir en los títulos.

Para mostrar que esta correspondencia de funciones no es meramente exterior o formal, nuestra contemplación de la Igle-

(2) *Institution Chrétienne*, ib. p. 97, cit. en ib., p. 244.

(3) En un sentido cuya determinación nos apartaría del tema. Consúltase, vgr., CONGAR I., *Jalones para una teología del laicado*.

(4) 3 e. Sermon sur II Tim. 1, 6-8 en *Iohannis Calvini opera quae supersunt omnia*, t. 54 p. 35 cit. en GANOCZY, op. cit. p. 250.

(5) Esta fiel interpretación de los Apóstoles, es presupuesta para nuestro diálogo. Suponemos además la noción de Apóstol, como testigo de la Resurrección y fundamento de la Iglesia por una parte; y como guardián y defensor de ese testimonio y fundamento por otra. Cfr MARTELEC G., *éléments transmissibles et intransmissibles de la succession apostolique*, Verbum Caro, 1961, pp. 185-198.

sia primitiva deberá indagar aunque sea generalmente, hasta la misma médula de la estructura eclesial que descubramos(6).

APOSTOLES Y APOSTOLES

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, primera historia y verdadera autobiografía de la Iglesia originaria, consta el tránsito de la organización Apostólica a la organización subapostólica. Así Bernabé, que no figuraba entre los elegidos por el Señor es ahora llamado apóstol: "Al enterarse de esto, los apóstoles Bernabé y Pablo..." (Hechos, 14, 14). No se trata de una coincidencia de apelación. Bernabé y Pablo están desempeñando los mismos oficios de los Apóstoles-elegidos-por-el-Señor. Bernabé, en efecto, es puesto en pie de igualdad con Pablo, en cuanto a su actividad. "Durante un año estuvieron juntos en la Iglesia (de Antioquía) y enseñaron a notable muchedumbre" (Hechos, 11, 26); "iban anunciando la buena nueva" (Hechos, 14, 7). Y ya sabemos con qué insistente minuciosidad remarca Pablo su condición de apóstol, en la misma jerarquía que los Apóstoles elegidos por Jesús (7). Tal vez el dato más significativo de esta igualdad de misión y estado entre Pablo, Bernabé y los Apóstoles, está en Hechos, 14, 23: "Y habiendo puesto de su mano "presbyteroi" en cada Iglesia...". La ulterior determinación del término "presbyteroi" avalará plenamente este dato.

pero si es cierto que Pablo y Bernabé

aparecen como apóstoles, no es menos cierto que no se los identifica simplemente a los Doce. Cuando aquéllos enfrentan en Antioquía a los cristianos judaizantes, se resuelve que "Pablo y Bernabé y algunos otros de entre ellos subirían a Jerusalem al encuentro de los Apóstoles y de los "presbyteroi" (para tratar) acerca de esta cuestión" (Hechos, 15, 2). No se dice "al encuentro de los demás apóstoles", como hubiera sido lógico si Pablo y Bernabé eran considerados apóstoles, sin más precisiones.

El mismo Pablo hace esta distinción cuando recuerda las apariciones de Jesucristo resucitado: "Se apareció a Cefas, después a los Doce... después a todos los apóstoles". Y él se ubica entre estos últimos: "Finalmente fue visto también por mí... porque yo soy el menor de los apóstoles, que ni merezco ser llamado Apóstol" (1 Cor. 15, 5-8-9).

De manera que ya en la primera generación eclesial el título de "apóstol" trasciende a los Doce, aunque se reserva a éstos, con toda claridad su preeminencia de haber sido pública y directamente elegidos por Jesús. De los "nuevos apóstoles", alguno como Pablo ha sido elegido también directa, pero carismáticamente: "no de parte de los hombres, ni por mediación de hombres" (Gal. 1, 1). Este acento paulino sobre la peculiaridad de su misión nos conduce a pensar que también había en esa Iglesia primitiva apóstoles por intermedio de hombres, es decir, instalados por otros apóstoles. ¿Cuáles fueron? Es muy difícil, si no imposible, determinarlo. Tal vez los que Pablo nombra en Rom. 16, 7: "Saludad a Andrónico y Junias, mis compatriotas y cocautivos, insignes entre los apóstoles...". O quizás Silvano y Timoteo a quienes Pablo asocia a sí en el encabezamiento de la

(6) Es fundamental en esta materia el trabajo de G. DIX, *The ministry in the early Church*, en K. E. KIRK, *The Apostolic ministry*, Londres, 1947. Y siguiéndolo ajustadamente, J. COLSON, *Les fonctions ecclésiastiques aux deux premiers siècles*, Desclée, Paris, 1956.

(7) Vgr. Rom. 1, 1; 1 Cor. 9, 12; 1 Cor. 15, 9; etcétera.

primera carta a los tesalonicenses, como participantes del gobierno de esa Iglesia: "...pudiendo haceros sentir nuestro peso (de autoridad) como apóstoles de Cristo" (2, 7).

Otros personajes aparecen también en las epístolas de Pablo, designados con el genérico título de colaboradores (*synergoi*): Lucas, Demas, Clemente, Epafrodito, Aristarco y otros. Pero de los escasos datos de las cartas, no se puede saber si se trata de nuevos apóstoles; o simplemente presbíteros, diáconos, o cualquiera de las otras categorías eclesiales señaladas en 1 Cor. 12, 28.

MINISTERIO SACERDOTAL

En todo caso, resalta nítidamente el carácter sacerdotal que tiene la función de los apóstoles. Esclarecedor es el texto de 2 Cor. 3, 4-11: "Tal es la seguridad que tenemos delante de Dios por Cristo: nuestra facultad proviene de Dios que nos hizo capaces para ser ministros de una nueva alianza". Pablo prosigue un paralelo entre el ministerio de Moisés, ministerio de la letra que mata, ministerio de la condenación, y este ministerio de la nueva alianza. "Si en efecto el ministerio de la condenación fue glorioso, ¿cuánto no lo superará en gloria el ministerio de la justicia (santificación)? Desde este punto de vista, la gloria de aquel primer ministerio no fue tal comparada con la de éste". Concluye afirmando el carácter permanente de esta misión: "Porque si lo que era pasajero se ha manifestado con gloria, mucho más, lo que permanece, en gloria permanece". La conclusión se desgaja clara: si ese ministerio de Moisés era un auténtico ministerio sacerdotal, de mediación entre Yahveh y su pueblo, a pesar de toda su limitación, mucho más

auténtico ministerio sacerdotal ha de ser este ministerio del nuevo pacto, instaurado por Cristo.

Calvino no pudo asir esta conclusión, "arrastrado por su reacción contra las deformaciones teóricas (más imaginarias que reales), y prácticas (más reales que imaginarias) del sacrificio de la misa... Uno se pregunta por qué él" que "no ha visto nada de incompatible entre el sacerdocio re-presentativo y sacramental en sentido amplio" —del Antiguo Testamento— "y el sacerdocio único del Mesías... se lo ha negado con tanto radicalismo a la Iglesia cristiana que él veía, por lo demás, en continuidad con la Iglesia judía... Uno se pregunta por qué Calvino sostenía de tal manera que esta Iglesia del Evangelio, idéntica y aún superior a la Iglesia de la Ley, no pudiera poseer lo que aquella tenía de más precioso: el sacerdocio ministerial, esa función re-presentativa del único sacerdocio de Cristo" (8).

LOS "PRESBYTEROI" (9)

Desde los primeros tiempos aparecen junto a los Doce y a los demás apóstoles: "Los discípulos determinaron enviar un subsidio a los hermanos que moraban en la Judea... enviándolo a los "presbyteroi"... (Hechos, 11, 29). A partir de aquí nos imaginamos a estos "presbyteroi" como administradores encargados de los asuntos temporales de la Iglesia judeo-cristiana de Jerusalem. Más adelante, en un texto ya citado, Pablo y Bernabé parten a entrevistar a los apóstoles y "presbyteroi", por el problema de los judai-

(8) GANOCZY A., op. cit., pp. 414-415.

(9) Transcribo figuradamente la palabra griega, que literalmente significa "ancianos", hasta tanto le hallemos adecuada traducción.

zantes. Y de hecho "los apóstoles y presbyteroi se reunieron para examinar esta cuestión" (Hechos, 15, 6). Nuestro cuadro se completa. Los presbyteroi no ejercían una mera función administrativa, sino que cooperaban con los apóstoles en la solución de los conflictos doctrinales. Hoy diríamos, participaban del Magisterio oficial de la Iglesia; y aún del poder jurisdiccional, según Hechos 15, 22: "Pareció bien a los apóstoles y presbyteroi, con toda la Iglesia, elegir a algunos de entre ellos y enviarlos...". Cuando Pablo recorra Siria y Cilicia, confirmando las Iglesias, les ordenará "guardar los preceptos de los apóstoles y presbyteroi" (Hechos, 15, 41). ¿Están puestos en igualdad de jerarquía con los apóstoles? ¿Cuál es su misión específica? Hechos 20, 28 agrega otra pregunta: Pablo ha mandado recado desde Mileto a los presbyteroi de Efeso convocándolos. Cuando hubieron llegado les hace un emocionante discurso de despedida. Son las vísperas de su partida hacia Jerusalem, y entre otras advertencias dice: "Mirad por vosotros mismos y por toda la grey, en medio de la cual el Espíritu Santo os puso por "epískopoi" para apacentar la Iglesia de Dios que El hizo suya con su propia sangre" (10). ¿Son estos epískopoi-presbyteroi los obispos de nuestros días?

NOMBRES

Diferentes soluciones se han propuesto al problema de los "super-visores" y su relación con los "ancianos" (11).

La exégesis de buena parte de los Pa-

dres de la Iglesia ha notado claramente que los autores sagrados del nuevo Testamento utilizan indistintamente ambos términos. Pero mantienen firmemente la diferencia de funciones; y por falta del andamiaje técnico-exegético necesario hacen corresponder ingenuamente "epískopos" a nuestro obispo; y "presbyteroi" a nuestros presbíteros o "sacerdotes de segundo orden". Se trata, dicen, de una confusión de términos, pero no de funciones.

Otra hipótesis va más adelante. Epískopoi y presbyteroi designan a las mismas personas y también los mismos ministerios. Ese ministerio o función es la de obispo. En esos primeros y duros tiempos de la Iglesia naciente, no habría habido sino obispos (y diáconos), pero no sacerdotes de segundo orden. Pero tal explicación es pura conjetura, sin apoyo en documentos.

Hay quienes proponen una solución media: epískopoi y presbyteroi no designan de por sí ni diferentes ni idénticas funciones. Es una denominación más amplia, que indica "potestad eclesiástica", abandonando al contexto la significación exacta.

La última interpretación se adapta más al conjunto de los datos. Epískopoi y presbyteroi, nombres sinónimos en el Nuevo Testamento (12) significan exactamente la misma función: la actual función de los presbíteros o sacerdotes de segundo orden. Uno y otro vocablo habrían brotado al contacto de diferentes medios culturales. La Iglesia judéo-cristiana habría adoptado con toda naturalidad "presbyteroi", trasposición al griego de la expresión "ancianos del pueblo" que seña-

(10) Transcribo figuradamente la palabra griega, que literalmente traducida en sus dos raíces, sería supervisor, o superintendente.

(11) Sigo fundamentalmente a A. MICHELL DTC. 13/1 cc. 141-145.

(12) Vgr. 1 Tim. 3, 2; y 5, 17; Tit. 1, 5-7; 1 Pedro 5, 1-5 etc.

laba en el Israel precristiano a los asesores de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas. "En su acepción consagrada por el uso judío de la época apostólica, "presbyteros" expresaba la idea de autoridad, de superioridad, de cualquier naturaleza que fuera... Pronto las otras comunidades tomaron este uso, tanto más fácilmente cuanto que en la lengua griega... tenía el mismo sentido" (13).

En cambio, las comunidades de origen gentilico, no-judío, se habrían asimilado primeramente la palabra "epískopos" = super-visor, o super-intendente, que "antes de ser adoptada y consagrada por la lengua eclesiástica, era ya... utilizada en la lengua griega y servía para designar, en su acepción general, a quienquiera que ejerciera un cargo público, función o magistratura" (14).

FUNCIONES

Más dificultoso es demostrar que no solamente los nombres coinciden en una misma función sagrada, sino que además esa función sagrada es el actual presbiterado.

A comienzos de siglo, un autor proponía en un estudio que se hizo clásico en la materia (15) tres argumentos. El primero es que "la función característica del poder episcopal es conferir las órdenes sagradas por la imposición de manos. Ahora bien, no hay ninguna traza de que los epískopoi-presbyteroi hayan tenido ese poder". Pero este argumento no es actualmente empuñable, al menos con la misma

fuerza de antes, por parcial desmoronamiento de la premisa mayor. Hoy parece científicamente imposible negar que diferentes Papas concedieron a sacerdotes no-obispos el permiso para ordenar de órdenes menores, y aún diaconado y presbiterado (16).

El tercer argumento es un testimonio de Clemente, obispo de Roma en el año 95. Este texto plantea hoy más problemas que los que resuelve, y hasta aquí no parece podamos contar con una traducción satisfactoria. Además, nos saldríamos ya de los textos del Nuevo Testamento, que han sido una de las fronteras de nuestro trabajo (17).

Pero el segundo argumento, es por sí mismo, muy sólido. El episcopado ha sido tradicionalmente uno; frente a cada comunidad eclesial se encuentra un obispo, en algunos casos rodeado por alguno más a modo de coadjutor, pero no compartiendo su suprema potestad. Si estos epískopoi-presbyteroi son los obispos de nuestros días, extraña mucho encontrar a varios de ellos en una sola comunidad eclesial, tal como lo sugiere el emocionante discurso de Pablo al "presbyterium" de Efeso (Hechos, 20, 17-38): "Convocó a los presbyteroi...; yo sé que ya no veréis

(16) Vgr. Bonifacio IX, Inocencio VIII y Martín V. Algunas de estas concesiones estuvieron vigentes hasta 1902 en el derecho, atestiguándose su práctica por lo menos hasta la revolución francesa. Cfr. J. BEYER, *Nature et position du sacerdoce*, NRT, 76 (1954) pp. 361-367 especialmente.

(17) Una minuciosa discusión de este texto en COLSON op. cit., p. 188-199. Por supuesto, que bastaría llegarnos a los testimonios de Ignacio de Antioquía; o a los muy explícitos de Teodoro de Ciro en el siglo V para encontrar una jerarquía eclesiástica idéntica a la de nuestros días. Si nos ceñimos a los escritos del Nuevo Testamento es porque frente a ellos residen las dificultades básicas de las Iglesias reformadas; y porque, según la interpretación que den a esos textos, interpretarán los escritos posteriores.

(13) MICHIELS, *L'origine de l'épiscopat*, Louvain, 1900, p. 167. Cit. por A. MICHEL, DTC. 13/1, c. 140.

(14) A. MICHEL, op. cit., c. 144.

(15) MICHIELS; op. cit.

más mi rostro, *vosotros todos... entre quienes* anduve predicando el reino...; sé que después de mi partida se introducirán *entre vosotros* lobos bravíos...; de *entre vosotros* mismos surgirán hombres que enseñarán cosas perversas... Dicho esto, doblando sus rodillas, oró con *todos ellos*. Y hubo gran llanto de *todos*". Esta insistencia en el "todos vosotros" o "entre vosotros" no tendría sentido tratándose de tres o cuatro personas.

Más, no parece que se pueda decir, sino que "determinar las funciones precisas de los presbíteros de la edad apostólica es un problema delicado, y por así decir, si se lo considera en su complejidad, insoluble" (18).

* * *

En el libro de los Hechos de los Apóstoles y en las epístolas paulinas, nos hemos encontrado, con apóstoles y sucesores de apóstoles que participaban de la jerarquía de los Apóstoles, máxima autoridad en cuanto a la jurisdicción y al orden sagrado; es decir, verdaderos obispos. También hemos encontrado a los *epískopoi-presbyteroi*, asociados en cierta medida a la autoridad de los apóstoles, pero subor-

dinados a ellos, "puestos por manos de los apóstoles"; y dirigiendo colegiadamente algunas de las comunidades eclesiales, sujetos siempre a la alta dirección de los apóstoles. ¿No son suficientes datos como para afirmar (19) que en el siglo primero ya está trazado en sus líneas generadoras el dibujo de los actuales obispos y presbíteros?

La meditación de este proceso estructurante de la Iglesia debe disponernos al entendimiento sin prejuicios con las iglesias separadas. Los rasgos perennes han sido completados por veinte siglos de temporalidad. Tal vez muchos de esos rasgos complementarios deban dejar paso a otros más apropiados en los próximos veinte siglos. Desde el obispo transhumante del siglo I, sin más autoridad que la del Espíritu recibido, ni más dignidad que la de ser profundamente amado por sus fieles; hasta el obispo-señor feudal del medioevo; y hasta el obispo-ciudadano influyente de nuestros días, corre la misma sangre de sucesión apostólica. Pasa el rostro de este mundo, también en las estructuras eclesiales. Pero el Espíritu permanece. ◆

(19) Para afirmar "expositivamente", no "probativamente". Son demasiadas las cuestiones conexas, en esta materia, como para intentar una demostración estricta en pocas páginas.

(18) A. MICHEL op. cit., c. 141.

"La realización de la unidad de la Iglesia sólo tiene perspectivas cuando se coloca absolutamente en el terreno de la verdad. Un esfuerzo hacia la unidad, planteado de suerte que dejara de lado la verdad, llegaría sólo a una unidad aparente".

Dr. SCHMIDT-CLAUSEN
Vicesecretario General de la
Alianza Luterana Mundial